

See discussions, stats, and author profiles for this publication at: <https://www.researchgate.net/publication/279943655>

Los Andes tropicales. Donde conviven codo a codo visiones plurales de la naturaleza

Article · January 2013

CITATION

1

READS

41

1 author:



Nicolás Cuvi

Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales Sede Ecuador

81 PUBLICATIONS 196 CITATIONS

SEE PROFILE

Nuevas historias ambientales de América Latina y el Caribe

Editado por
CLAUDIA LEAL
JOSÉ AUGUSTO PÁDUA
JOHN SOLURI



SPONSORED BY THE



Federal Ministry
of Education
and Research

RCC Perspectives

Nuevas historias ambientales de América Latina y el Caribe

Editado por

Claudia Leal
José Augusto Pádua
John Soluri

2013 / 7

Nicolás Cuvi

Los Andes tropicales. Donde conviven visiones plurales de la naturaleza

Los Andes tropicales constituyen un territorio que incluye casi todas las zonas montañosas de Bolivia, Perú, Ecuador y Colombia, y pequeñas partes de Venezuela, Chile y Argentina, a partir de los 600 a 800 msnm. Se caracteriza por su extraordinaria diversidad biológica, geológica y climática, y puede ser considerado el corazón indígena de América del Sur, pues concentra a cerca de 10 millones de indígenas pertenecientes a decenas de pueblos diferentes. Esta singular composición de la población sirve para explicar la historia ambiental de los Andes tropicales desde el siglo XIX, que es en parte el resultado de la convivencia estrecha entre múltiples cosmovisiones cuyos extremos llamaré *indígena* y *criollo*. A diferencia de otras regiones de América donde la composición étnica de la población es más homogénea, o donde los indígenas viven aislados, o donde predominan los afroamericanos, en las ciudades, caminos y campos de Ecuador, Perú y Bolivia, una densa población indígena que habla idiomas como aimara o diferentes variantes del quechua convive codo a codo con los criollos (Sichra, 2009).

Este planteamiento puede parecer problemático para quienes el mundo indígena les es ajeno. Algunos preferirían referirse a “ideologías” occidentales y “tradiciones” indígenas, pero considero que estas palabras separan, desde la base, ambas formas de ser y pensar, e impiden un análisis que entienda las otredades como punto de partida. En cambio, la categoría “cosmovisión” es aplicable a cualquier grupo amplio de personas, en tanto se refiere a sus formas de pensar y actuar, incluidas sus formas de relacionarse con lo no humano, con la naturaleza.

Esta propuesta no presupone una visión esencialista, dicotómica o maníquea: entre los extremos hay sincretismos, mestizajes y matices, a veces más fluidos, a veces más forzados. Tampoco se trata de una historia de buenos y malos, sino de *diferentes*. Sobre decir que, además, no existen solamente los dos extremos: también las cosmovisiones indígenas son plurales y en algunos sitios han sufrido profundas transformaciones.

Entre las peculiaridades de la cosmovisión indígena se cuentan: la idea de la *pacha mama* (madre tierra, madre cosmos), una entidad de la cual los seres humanos son parte; tenencia comunal de la tierra y vida comunitaria en sistemas como el *ayllu*; relaciones de intercambio, trueque, complementariedad y reciprocidad; justicia indígena; trabajo

colectivo voluntario no remunerado en favor de la comunidad (*mingas*); valoración positiva del trabajo; y valoración de tecnologías agrícolas tradicionales, entre otras. En contraste, la cosmovisión criolla, manifestada desde instituciones como el Estado-nación, Iglesia, haciendas, industrias, empresas, e inspirada sobre todo en modernas filosofías y sistemas de gobierno europeo occidentales o estadounidense, considera que lo no humano, la naturaleza, debe ser civilizada y domesticada, que la tierra es una propiedad privada, que los intercambios monetarios son buenos reguladores de las relaciones humanas. Por supuesto, como en el caso indígena, hay diversidad entre criollos, por ejemplo, en la posición “indigenista” de escritores como José María Arguedas o Jorge Icaza. Pero no cabe duda de que la mayoría de criollos comparte una forma de pensar lo ambiental alejada de ideas como la *pacha mama*. Los gobernantes liberales o conservadores, socialistas o capitalistas, de izquierda o de derecha, han promovido modelos

que aplastan las cosmovisiones indígenas, señalándolas como una de las razones del “atraso” cultural, tecnológico y económico, del “subdesarrollo”.

El contexto montañoso donde coexisten estas formas de pensar también es heterogéneo. Desde ecosistemas como la fría puna, los altos páramos y los glaciares perpetuos, donde reposan las nubes y reinan los cóndores, se puede bajar en poco tiempo hasta bosques nublados cuya especie emblemática es el oso andino, y luego hasta tierras calientes y húmedas en cuyas selvas medran jaguares, caimanes y boas. En la figura 1 se ilustra, en una escala macro, esta diversidad ecosistémica. Tal biodiversidad responde sobre todo a la combinación entre



Figura 1:
Distribución de
los biomas en los
Andes tropicales.
Fuente: Cuesta,
Postigo y Busta-
mante (2012).

latitud tropical y extenso gradiente altitudinal, y a dos corrientes marinas, una fría y otra cálida, que chocan a la altura de la línea ecuatorial y generan condiciones de pluviosidad diferentes al norte y al sur. Las tierras altas son un reservorio y surtidor de agua para consumo humano, riego e hidroelectricidad, mientras que los páramos y bosques de neblina han adquirido relevancia actual por su capacidad de retener carbono. Al norte las montañas son más jóvenes y aparecen dos o tres ramales bien diferenciados con valles altoandinos como la sabana bogotana, mientras que al sur las montañas son más altas y anchas, y aparece el vasto altiplano peruano-boliviano donde los Andes llegan a tener casi 900 km de ancho (en Ecuador son más angostos, estrechándose hasta 150 km).

La diversidad ecosistémica en un gradiente altitudinal ha incidido en los sistemas de ocupación del espacio. Los incas y otras sociedades indígenas organizaron sistemas que permitían, gracias a relaciones de parentesco y reciprocidad, el intercambio de productos entre tierras altas y bajas, en lo que ha sido llamado “archipiélago vertical” (Murra, 2002). Esta complementariedad también funcionó durante la Colonia y con los Estados-nación, aunque bajo sistemas políticos, sociales, económicos y culturales diferentes (por ejemplo, mediante haciendas que iban desde los páramos hasta las tierras bajas). Pese a esta ocupación vertical, la población ha preferido vivir en las tierras altas, al punto de que tres capitales—Bogotá, Quito y La Paz—están ubicadas sobre los 2600 msnm. En estas alturas una densa población de tradición milenaria domesticó decenas de alimentos como papa, quinua, variedades de maíz, ulluco o cuyes, animales como las llamas para obtener fibra y contar con tracción animal, y en zonas menos altas (pero también montañosas) plantas sagradas como la coca. Todas estas formas de vida enlazan los espacios montañosos transversalmente, son vitales para la subsistencia de sus poblaciones e ilustran una relación milenaria con la naturaleza, por ejemplo a través de las más de cuatro mil variedades nativas de papa que existen en la actualidad.

* * *

Los mayores cambios ambientales desde el siglo XIX han respondido a ciertas visiones criollas que han fomentado la explotación de materias primas para exportarlas casi sin valor añadido, e importar a cambio bienes procesados, conocimientos y tecnología. Esta historia se ha caracterizado por una lógica de auges, con ciclos de riqueza y posterior decadencia. Un producto de recurrente explotación han sido las quinas, árboles andinos cuya corteza es usada para obtener antimaláricos, y cuyo último auge tuvo lugar durante

la Segunda Guerra Mundial, cuando millones de libras de corteza fueron extraídas de las naciones andinas (en la figura 2 unos indígenas cargan fardos de quina bajo la mirada de un técnico estadounidense, en un camino abierto para integrar nuevos territorios andinos a la explotación).

Pero la transformación del paisaje altoandino desde el siglo XIX no puede ser entendida únicamente por sus producciones locales: hay que pensar en la complementariedad. Las explotaciones de guano, salitre, cacao o tabaco en las llanuras, o de café entre los mil y dos mil metros de altitud, motivaron a que las tierras más altas se especializaran en extraer oro, plata o lana de oveja, en producir alimentos como papas para abastecer a las poblaciones locales y mercados regionales, y en proveer mano de obra gracias a la densa población. Conscientes de la necesidad de articular mejor las tierras altas y bajas, los Estados-nación construyeron vías férreas, lo que a su vez propició diferenciaciones entre los espacios por los que pasaban y los que no.



Figura 2:
Cascañeros cargando corteza de quina en Ecuador, c.1944.
Fuente: S. National Archives (foto núm. 229-R-11119-5).

Desde 1940 las naciones andino-tropicales intensificaron sus vínculos comerciales con Estados Unidos, dejando de producir, en las tierras altas, cultivos que compitieran con los de ese país (como el trigo). Como resultado, el archipiélago vertical, aunque no se perdió, se fue transformando en uno continental, en el que desde el Norte llegaban tecnología, productos industrializados y alimentos sembrados en climas templados.

Se intensificaron o iniciaron monocultivos—de banano o palma aceitera—y la explotación de petróleo, que ocurren en las tierras bajas y han sostenido el crecimiento de ciudades altoandinas como Quito. También aumentó la minería a gran escala, sobre todo de cobre y oro. Tuvieron lugar procesos de industrialización, especialmente en los sectores textil y alimentario, y se consolidaron las articulaciones nacionales e internacionales mediante carreteras, perdiéndose las líneas férreas en pos de un modelo basado en el automóvil. A fines del siglo xx se incrementó la migración hacia las ciudades, que crecieron de manera vertiginosa y desordenada.

La deforestación ha sido el mayor cambio ambiental, promovida por la agricultura, ganadería, extracción de madera y políticas de colonización como la que obligaba a demostrar la posesión de la tierra mediante el desmonte. Muchos de estos procesos estuvieron asociados con vías construidas para acceder a enclaves mineros, petroleros o de ampliación de la frontera agrícola. Como ejemplo de la deforestación, hacia 1850 los bosques andinos de Colombia mantenían cerca de un 80% de cobertura, mientras que para el año 2000 este porcentaje había bajado a menos del 40% (Etter, McAlpine y Possingham, 2008). Otros cambios ambientales recientes han sido la contaminación del agua, el suelo y el aire por el uso de pesticidas y fertilizantes en la agricultura y por las fumigaciones con fines de exterminio de plantaciones de coca y amapola, y la contaminación de las ciudades, sobre todo por el consumo de combustibles fósiles.

* * *

Aunque las cosmovisiones criollas han orientado estas transformaciones macro, hubo (y hay) otras formas de apropiación del territorio practicadas por millones de indígenas en sus comunidades. No está en discusión que los procesos de reforma agraria y las políticas de desarrollo de la segunda mitad del siglo xx ocasionaron que en muchos sitios se erosionara la diversidad de cultivos y de sistemas culturales asociados con su mantenimiento, pues muchos indígenas cambiaron sus estrategias para maximizar la eficiencia del trabajo y la ganancia económica (Knapp, 1991). Sin embargo, también es cierto que estas consecuencias no son generalizables.

En relación con las papas, miles de indígenas desde Ecuador hasta Bolivia siguen usando diversos tamaños de semilla como mecanismo de adaptación a diferentes condiciones ambientales, y algunos prefieren la aparcería en las semillas antes que pagar

en los mercados, porque eso, aunque cuesta más dinero, da otras garantías. En Paucartambo, Perú, muchos indígenas, si bien adoptaron técnicas de la modernización agrícola y de la producción para el mercado, también mantuvieron la diversidad de cultivos, conservando tecnologías que no están basadas en la simplificación ni orientadas por el objetivo del crecimiento económico (Zimmerer, 1996).

En extensas zonas de los Andes todavía se cultiva en terrazas y camellones, sin tractores; se comen cuyes en vez de gallinas; se siembra quinua en vez de flores y brócoli; y se crían llamas en vez de ovejas. En muchos lugares no se produce en función de un sistema monetarizado y se mantienen estrategias agrícolas tradicionales porque resultan más resilientes y aseguran una soberanía alimentaria. También se sigue prefiriendo la propiedad comunal de la tierra sobre la propiedad privada.

Y hay cambios recientes. En las áreas rurales y silvestres han crecido el ecoturismo y la producción agroecológica. En las ciudades y en el campo han emergido movimientos sociales (muchos de ellos híbridos de cosmovisiones criollas, indígenas y movimientos internacionales y globales) que proponen nuevos modelos de convivencia entre humanos y lo no humano, plasmados en proyectos de agricultura urbana, soberanía alimentaria, producción industrial más limpia y justicia ambiental. También de modo reciente, como consecuencia del peso político que ha ganado el movimiento indígena en Bolivia y Ecuador, como parte de los procesos de reconocimiento de la multiculturalidad y de búsqueda de alternativas ante las consecuencias negativas que supone habitar en los márgenes del capitalismo mundial, se han introducido las ideas del *suma qamaña* y el *sumak kawsay* en las Constituciones políticas de esos dos países, que propenden a modos de vivir no insertos en las lógicas del capitalismo contemporáneo, en mayor conexión con la Tierra y sus ritmos, centrados en la vida comunitaria y en la reproducción y cuidado de la vida, en vez de la reproducción y cuidado del capital. Además, en esas constituciones se han reconocido los “derechos de la naturaleza”, haciéndola pasar de su tradicional condición de objeto hacia una de sujeto, más acorde con una cosmovisión inspirada por la idea/creencia de la *pacha mama*. Se trata de formulaciones que recuperan parte de la sabiduría ancestral y la combinan con la actual, como alternativas al paradigma del desarrollo basado en el crecimiento económico. En una década o más vislumbraremos si estos países fueron capaces de conciliar, más allá de lo declarativo, las cosmovisiones que conviven codo a codo en los Andes tropicales.

Referencias

- Cuesta, Francisco, Julio Postigo & Macarena Bustamante. (2012). "Área de estudio". En *Panorama andino sobre cambio climático. Vulnerabilidad y adaptación en los Andes Tropicales*. Francisco Cuesta, Macarena Bustamante, María Teresa Becerra, Julio Postigo & Manuel Peralvo (eds.), 25-41. Lima: CONDESAN, SGCAN, p. 25-41.
- Etter, Andrés, Clive McAlpine & Hugh Possingham. (2008). "Historical Patterns and Drivers of Landscape Change in Colombia Since 1500: A Regionalized Spatial Approach". *Annals of the Association of American Geographers*, 98 (1): 2-23.
- Knapp, Gregory. (1991). *Andean Ecology: Adaptive Dynamics in Ecuador*. Boulder: Westview Press.
- Murra, John V. "El control vertical de un máximo de pisos ecológicos en la economía de las sociedades andinas". En *El mundo andino. Población, medio ambiente y economía*. John Murra (ed.). Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú, Instituto de Estudios Peruanos, p. 85-125.
- Sichra, Inge. (2009). "Andes". En *Atlas sociolingüístico de pueblos indígenas en América Latina*, Inge Sichra (ed.), 513-644. Cochabamba: UNICEF, FUNPROEIB.
- Zimmerer, Karl S. (1996). *Changing Fortunes: Biodiversity and Peasant Livelihood in the Peruvian Andes*. Berkeley: University of California Press.